

(XXX)

Y si la vuesa linda Dulcinea,
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesás cuitas muestra buen talante,

En tal desman vueso conorte sea,
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

Diálogo entre Babieca y Rocinante.

SONETO.

- B. ¿ Como estais , Rocinante , tan delgado ?
R. Porque nunca se come , y se trabaja .
B. ¿ Pues que es de la cebada y de la paja ?
R. No me dexa mi amo ni un bocado .
B. Andá , señor , que estais muy mal criado ,
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja .
R. Asno se es de la cuna á la mortaja .
¿ Quereislo ver ? miraldo enamorado .
B. ¿ Es necesidad amar ? R. No es gran prudencia .
B. Metafisico estais . R. Es que no como .
B. Quejaos del escudero . R. No es bastante .
¿ Como me he de quejar en mi dolencia ,
Si el amo y escudero , ó mayordomo ,
Son tan rocines como Rocinante ?

PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

CAPÍTULO I.

*Que trata de la condicion, y exercicio
del famoso hidalgo Don Quixote de
la Mancha.*

EN un Lugar de la Mancha, de cuyo
nombre no quiero acordarme (1), no ha

(1) Presúmese que este lugar, patria de Don Quixote, es Argamasilla de Alba. A lo menos el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda (á quien se debe suponer informado de la opinion que andaria en su tiempo) lo afirma absolutamente en la *Segunda Parte de su Don Quixote*. Preténdese así mismo que el autor lo significase por medio

mucho tiempo, que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero (1), adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los sábados (2), lantejas los viérnes, algun

de los versos, que se leen al fin de la *Parte Primera* en nombre de los académicos de la Argamasilla, donde caracteriza como por despiece el genio de algunos vecinos de ella con los epítetos del *monicongo*, del *paniaguado*, del *caprichoso*, del *burlador*, del *cachidiablo*, del *tiquitoc*: y parece que el mismo Cervantes lo indica tambien, quando supone que Don Quixote así como salió de su lugar, caminaba por el Campo de Montiel hácia el puerto Lapiche, y que luego le sucedió la aventura de los molinos de viento, cuyo sitio señala el itinerario de la Real Academia Española cerca de Villarta. Con efecto, aunque la Argamasilla es del Priorato de San Juan, está en los confines del Campo de Montiel, por donde se puede caminar luego que se sale de ella. Añade la historia que: *por ser la hora de la mañana herian* (á Don Quixote) *á soslayo los rayos del sol*. (P. I. cap. II. y VII.) Así es; pues por estar Villarta entre poniente y norte de la Argamasilla, y la Argamasilla entre oriente y mediodia, al que salga de ella por la mañana, especialmente en los meses de julio y agosto, hácia el puerto Lapiche, *le herirán á soslayo los rayos del sol*. Si esta fue la verdadera patria de Don Quixote, quiso Cervantes deslumbrar al lector, diciendo unas veces que estaba cerca del Toboso, y otras lejos, en cumplimiento de su propósito de no declararla.

(1) O lancera, que era un estante, en donde los hidalgos ponían las lanzas en el patio ó soportal de sus casas. (Covarrubias: *Tesoro*).

(2) Era costumbre en algunos lugares de la Mancha traer

palomino de añadidura los domingos consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mesmo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo mas fino. Tenia en su casa una Ama que pasaba de los quarenta, y una Sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enxuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir, que tenia el sobrenombre de Quixada, ó Quesada; (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben) aunque

los pastores á casa de sus amos las reses, que entre semana se morían, ó que de qualquier otro modo se desgraciaban, de cuya carne deshuesada y accinada se hacían y hacen salones. De estos huesos quebrantados y de los extremos de las mismas reses se componía la olla, en tiempo en que no se permitía en los reynos de Castilla comer los sábados de las demas partes de ellas, ni grosura, cuya costumbre derogó Benedicto XIV. Esta comida se llamaba *duelos* y *quebrantos* con alusion al sentimiento y duelo que causaba, como es regular, á los dueños el menoscabo de su ganado y el quebrantamiento de los huesos. Tambien para significar una pobre y escasa comida, se decia y dice toda-

por conjeturas verosímiles se dexa entender, que se llamaba Quixana. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso, (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el exercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda: y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de caballerías en que leer: y así llevó á su casa todos quantos pudo haber dellos, y de todos, ningunos le parecian tan bien, como los que compuso el famoso Feliciano de Silva: porque la claridad de su prosa, y aquellas enricadas razones suyas, le parecian de perlas: y mas quando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *la razon de la sinrazon que á mi razon*

via, hacer penitencia, ó azotes y galeras: y para significar los huevos y torreznos fritos con miel, se usaba en la Mancha de la expresion igualmente metafórica, *la merced de Dios.*

se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura. Y tambien quando leia: *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza* (1). Con estas y semejantes

(1) Los libros, que tan bien parecian á Don Quixote, se intitulan: *La Corónica de los muy valientes caballeros Don Florisel de Niquea, y el fuerte Anaxartes.... Emendada del estilo antiguo segun que la escribio Zirfea, Reyna de Argines, por el noble caballero Feliciano de Silva.* Zaragoza, 1584, fol. Dividese en varias partes. Antes había desaprobado tambien el estilo hinchado destes libros Don Diego Hurtado de Mendoza, que disfrazado con el nombre del bachiller de Arcadia escribio siendo Embaxador en Roma una apologia, defendiendo irónicamente la historia de la *Guerra de Alemania* del capitan Pedro de Salazar, en que prendió Carlos V al duque de Saxonia, y en que el autor pondera lo mucho que él sudó y trabajó en ella. Dice pues el bachiller que el estilo de los libros de Feliciano es *estilo de alforjas, que parece al juego de: este es el gato que mató al rato, etc.* y del autor añade: *Veis á Feliciano de Silva, que en toda su vida salió mas lejos, que de Ciudad-Rodrigo á Valladolid, criado siempre entre daraydas y nereydas, metido en aquella su torre del universo.... y con todo eso tuvo de comer, y aun de cenar; y vos, que habeis andado, visto, hecho, peleado, servido, escrito, y hablado mas que todo junto el exercito, que envió el Emperador á esa guerra, no tenéis ni aun de almorzar, y es menester que os andeis á inmortalizar.*

razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que Don Belianis daba, y recibía, porque se imaginaba, que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dexaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas

Los hombres con vuestros escritos, para que suplirien á S. M. que os mate la hambre. De esta carta hay en la Real Biblioteca varias copias, y todas defectuosas, y la menos es la que se halla en el *est. M. cod. 225*, pero la mas estropeada de todas es la impresa en el *Semanario Erudito* (tom. 24.). Feliciano fue hijo de Tristan de Silva, cronista de Carlos V, y natural de Ciudad-Rodrigo. Fue también autor de la *Segunda Comedia de la famosa Celestina*, en la qual se trata de la Resurreccion de la dicha Celestina; y de los amores de Felides y Polandria. Reimprimió este libro en Venecia el maestro Estephano de Sabbio, impresor de libros griegos, latinos y españoles, y le corrigió y enmendó Domingo de Gaztela, secretario de Don Lope de Soria, embaxador de Carlos V en Venecia: año de 1536, 8. Aunque en la portada del libro no se lee el nombre de Feliciano, se declara en unas coplas de arte mayor, que puso al principio Pedro Mercado, corrector de la obra.

veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra como allí se promete (1): y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su Lugar, (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) (2) sobre qual había sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mesmo pueblo, decía que ninguno llegaba

(1) Por estas palabras: *Suplir yo con fingimientos historia tan estimada seria agravio; y así la dexaré en esta Parte, dando licencia á qualquiera, á cuyo poder viniere la otra Parte, la ponga junto con esta.* (Belianis: lib. 4, c. 75.)

(2) Este grado supone poca doctrina en el cura, que solo se manifiesta docto en la lectura y escrutinio de los libros de caballerías, así como el canónigo de Toledo, introducido en el cap. XLVII, decía de sí que *sabía mas de libros de Caballerías que de las Sumulas de Villalpando.* Este irónico concepto, que insinúa Cervantes, de los grados de las Universidades menores, era comun en su tiempo, como lo confirma Cristobal Suarez de Figueroa. (*El Pasajero*: p. 144.) *Luego para lo que es el grado, (dice el Maestro) no te podra faltar alguna Universidad silvestre, donde llevando los cursos probados, y los puntos como budoques en turquesa, digan unánimes y conformes: accipiamus pecuniam, et mittamus asinum in patriam suam.* Pero si en esto había que enmendar en aquel siglo, ya se ha reformado en este.

al caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo: que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolucion él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y así del poco dormir, y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leia en los libros, así de encantamientos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él, que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesváles

habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, quando ahogó á Anteon el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynáldos de Montalvan, y mas quando le veia salir de su castillo, y robar quantos topaba, y quando en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia (1). Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon (2), al Ama que tenia, y aun á su Sobrina de añadidura. En efeto rematado ya su juicio, vino á dar en el mas extraño pensamiento, que jamas dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así

(1) *O bastardo* (replicó Reynaldos á Roldan, que le zaheria estos robos) *ó hijo de mala hembra! mientes en todo lo que has dicho: que robar á los paganos de España no es robo, pues yo solo, á pesar de quarenta mil moros y mas, les quité un Mahomet de oro, que ove menester para pagar mis soldados.* (Espejo de Caballerias. P. I, c. 46.)

(2) Uno de los doce Pares, llamado el traidor por haber entregado el ejército frances á los moros.

para el aumento de su honra, como para el servicio de su República hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo, á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leído, que los caballeros andantes se exercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo ménos del Imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió prisa á poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas, que habian sido de sus bisabuelos (a), que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas, y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenían celada de encaxe, sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encaxada con el morrion, hacia una apariencia de celada entera. Es verdad, que para probar si era fuer-

te, y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada, y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dexó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaxe. Fué luego á ver á su rocin, y aunque tenia mas quartos que un real (1), y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis, et ossa fuit* (2), le pareció que ni el Bucéfalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Quatro dias se le pasaron en imaginar que nombre le

(1) Quarto no es aqui nombre de moneda, sino de albeiteria, y significa cierta enfermedad que da á los caballos en los cascos; y con este equívoco se da á entender que Rocinante tenia mas alifafes que un real quartos.

(2) Pedro Gonela fue un bufon del duque Borso de Ferrara, que florecia en el siglo XV. Hacen mención de él Pontano, Poggio, y Luis Domenichi, que recopiló y publicó sus bufonadas, y entre ellas el salto que desde un balcon hizo dar á su caballo, que era viejo, flaco, y de malísima estampa, con que ganó la apuesta que hizo con

pondría: porque (según se decía él á sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodársele de manera que declarase quien había sido ántes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces: pues estaba muy puesto en razón que mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre á su parecer, alto, sonoro, y significativo de lo que había sido quando fué rocin, ántes de lo que ahora era, que era ántes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponersele á sí mismo,

el duque sobre qual caballo saltaría mas, si el del duque, ó el suyo. Describió en verso este salto Carlos Gabriel d'Ogobbio en su *Insalata Mescolanza*. Las palabras latinas citadas aqui están tomadas de Plauto, que hablando de un cordero flaco, dice que todo era piel y huesos: *qui ossa atque pellis totus est*. (Aulularia: act 5, scen. 6.)

y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar DON QUIXOTE: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debía llamar Quixada, y no Quesada como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se había contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reyno y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIXOTE DE LA MANCHA, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores, era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: si yo por malos de mis pecados ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caba-

llos andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo; ¿no será bien tener à quien embiarle presentado, y que entre, y se hincue de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: yo (*b*), señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la Insula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero Don Quixote de la Mancha, el qual me mandó, que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí à su talante? ¿Ó como se holgó nuestro buen caballero, quando hubo hecho este discurso, y mas quando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un Lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado (aunque segun se entiende, ella jamas lo supo, ni se dió cata dello). Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdixese mucho del suyo, y que tiráse y se encaminase al de Princesa y gran señora, vino

à llamarla **DULCINEA** (1) DEL TOBOSO, porque era natural del Toboso, nombre á su parecer músico y peregrino y significativo como todos los demas, que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPÍTULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quixote.

HECHAS pues estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo á poner en efeto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfa-

(1) Derivase este nombre de dulce ó dulce; y de dulce, añadiendo el artículo al, se formó Aldonza. Esta conjetura es de Covarrubias en su *Tesoro*, el qual añade: *hanle tenido señoras muy principales destes reynos*. El P. Mariana (*lib. 8, cap. 5.*) dice que Aldonza es lo mismo que Alfonsa; pero el sentir de Covarrubias se conforma mejor con la intencion de Cervantes.

cer. Y así sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana ántes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver, con quanta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apénas se vió en el campo, quando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dexar la comenzada empresa: y fué, que le vino á la memoria, que no era armado caballero, y que conforme á la ley de la caballería, ni podia, ni debia tomar armas con ningun caballero: y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leído en los libros que tal le tenian. En lo de las armas
blancas

blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro que el que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mesmo, y diciendo: ¿quien duda, sino que en los venideros tiempos, quando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, quando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apénas (1) habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apénas los pequeños y pintados paxarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada Aurora, que dexando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, quando el famoso caballero Don Quixote de la Man-

(1) Ridiculizanse las afectadas y pomposas descripciones, que se leen frecuentemente en los libros de Caballerías.

cha, dexando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba) y añadió diciendo: dichosa edad, y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡O tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar, el ser coronista desta peregrina historia! ruégote, que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡ó Princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravo me habédes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme, no parecer ante la vuestra fermosura (1). Plégaos, señora, de membráros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con

(1) Alusion al paso en que Amadis se vio desdeñado de Oriana, que le mandó no se pusiese jamas delante de ella. (Lib. 2, cap. 44.)

estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en quanto podia su lenguaje: y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo qual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego, con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fué la del puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento: pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer, su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre: y que mirádo á todas partes, por ver, si descubriria algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no léjos del camino por donde iba, una venta que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse

priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anohecia. Estaban acaso á la puerta dos mugeres mozas, destas que llaman *del partido*, las quales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertáron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero, todo quanto pensaba, veía ó imaginaba, le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leído, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus quatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo) y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas, á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos destraidas (c) mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas, ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando.

En esto sucedió acaso, que un porquero que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos, (que sin perdon así se llaman) tocó un cuerno, á cuya señal ellos se récogen, y al instante se le representó á Don Quixote lo que deseaba, que era, que algun enano hacia señal de su venida: y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas: las quales, como viéron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero Don Quixote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dixo: non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguizado alguno, ca á la órden de caballería que profeso, non toca ni atañe facerle á ninguno, quanto mas á tan altas doncellas, como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria: mas como se oyéron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quixote vino á correrse, y á decirles: bien

parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo, porque os acuitédes, ni mostrédes mal talante, que el mio non es de al (1) que de servíros. El language no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dixo: si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo Don Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza, (que tal le pareció á él el ventero y la

(1) Adjetivo derivado de *aliud* latino, que significa otra cosa.

venta) respondió: para mí, señor Castellano (1), qualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc. Pensó el huésped, que el haberle llamado Castellano, habia sido, por haberle parecido de los sanos de Castilla (2), aunque él era Andalúz, y de los de la playa de San Lúcar, no ménos ladrón que Caco, ni ménos maleante (3) que estudiante ó page. Y así le respondió: segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar (4): y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones, para no dormir en todo un año, quanto mas en una noche. Y diciendo esto, fué á

(1) El alcayde ó defensor del castillo.

(2) *Sano de Castilla* en la Germania significa el ladrón disimulado.

(3) Lo mismo que burlador: es tambien voz de la Germania.

(4) Habíase valido Don Quixote de aquellos versos: *Mis arreos son las armas*, etc. y el ventero, contextándole por el mismo estilo, continua el romance así:

*Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar:
Las manidas son oscuras,
Los caminos por usar.*

(Cancionero de Romances. *Anvers*, 1555, 16.)

tener del estribo á Don Quixote, el qual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dixo luego al huésped, que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza, que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quixote decia, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al qual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él) las quales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamas supieron ni pudieron desencaxarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera: y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y extraña figura, que se pudiera pensar: y al desarmarle, (como él se imaginaba, que aquellas traídas y llevadas (1) que le desarmaban,

(1) Los arrieros, entonces como ahora, solian emplearse en conducir esta pestilente mercancia de unos pueblos po-

eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dixo con mucho donayre:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quixote,
Quando de su aldea vino.
Doncellas curaban dél,
Princesas de su Rocino,

ó Rocinante: que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y Don Quixote de la Mancha el mio. Que puesto que no quisiera descubrirme, fasta que las fañañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa, que sepais mi nombre ántes de toda sazón. Pero tiempo vendrá en que las Vuestras Señorías me manden, y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos. Las mozas, que no estaban hechas á oír semejantes retóricas, no respondian palabra; solo le preguntaron, si queria comer alguna cosa. Qualquiera yantaria yo, respondió Don Quixote, porque, á lo

pulosos á otros. Estas se porteaban á Sevilla, porque era el emporio ó silla del comercio, como ahora Cadiz.

que entiendo, me haria mucho al caso. Á dicha acertó á ser viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucia bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle, si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quixote, podrán servir de una trucha: porque eso se me da, que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Quanto mas, que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trúxole el huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas. Pero era materia de grande risa verle comer: porque como tenia puesta la celada, y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponía, y

así una de aquellas señoras servia deste menester. Mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibia en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas quatro ó cinco veces, con lo qual acabó de confirmar Don Quixote, que estaba en algun famoso castillo, y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan (*d*) candeal, y las ramerás damas, y el ventero Castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba, era el no verse armado caballero, por parecerle, que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.